

La presa

(Drama en tres actos)

PERSONAJES:

SAÚL

MARA

IVÁN

FÁTIMA

Y la voz de una LOCUTORA

(SAÚL tiene entre 50 y 55 años. IVÁN y MARA tienen entre 40 y 45 años. FÁTIMA, hija de SAÚL, tiene entre 20 y 25 años)

(Los tres actos transcurren en una especie de sótano amplio. Las paredes están cubiertas de estanterías repletas de objetos diversos e inútiles, herramientas, libros viejos, utensilios de cocina, adornos, figurillas, fotografías. En el espacio hay algunos electrodomésticos antiguos, un televisor destrozado, tal vez una lavadora, y montones de ropa desperdigados. En el centro, un tresillo hundido y raído con dos o tres mantas, una mesa baja y dos sillas. Sobre la mesa, una radio grande, un modelo de los años 50, y un teléfono. Ambiente general de suciedad, desorden y humedad)

(Hay dos puertas: una a la derecha según la posición del público, que puede verla perfectamente de frente; y otra a la izquierda, que queda fuera de la vista del público; como mucho, los espectadores sólo pueden percibirla tangencialmente, en cierto ángulo)

(Iluminación lúgubre, preferiblemente mediante puntos y lámparas distribuidos por toda la escenografía, sin focos cenitales)

(La acción transcurre durante tres jornadas consecutivas. Cada acto se corresponde con cada una de las tres jornadas)

“Ahora tendré que vivir en medio de esta terrible soledad en la que la memoria es un suplicio”.

El malentendido

ALBERT CAMUS

ACTO I

(En escena, IVÁN y SAÚL)

(IVÁN está sentado en el sofá. Justo ha empezado a liarse un cigarrillo. Aparenta estar tranquilo)

(SAÚL está de pie. Se mueve en pequeños círculos. Sin aspavientos, pero demostrando su estado nervioso)

SAÚL: Entonces, ¿qué haríamos?

IVÁN: Negociar, claro.

SAÚL: ¿Negociar? ¿Con todas las de perder?

IVÁN: Ya se cuidarían de entrar aquí de malas maneras. Nosotros tenemos lo que ellos quieren, ¿no? Podemos romperles su juguetito. Si son listos, negociarán. Y, créeme, siempre mandan a los listos.

SAÚL: Si vienen a por nosotros, no creo que podamos sacarles mucho.

IVÁN: ¿A qué vienen ahora tus reparos? El plan está trazado, sólo tenemos que seguirlo y saldrá bien. Se supone que tú mandas aquí, ¿no? Que habíamos resuelto todas las dudas. ¿Es que tengo que recordártelo yo todo?

SAÚL: Tú has pasado por esto antes.

IVÁN: Sí. Y salió bien. Siempre sale bien.

SAÚL: Esta calma me resulta sospechosa.

IVÁN *(Termina de liar el cigarrillo y lo enciende con un mechero que hay sobre la mesa)*: Todo el mundo guarda la calma durante algunas horas. Es una cortesía habitual. Pronto empezará lo bueno *(Deja el mechero encima de la mesa)*. Muy pronto.

SAÚL: Pareces impaciente.

IVÁN: A mí tampoco me gusta esta calma. Prefiero el ruido.

SAÚL: Yo no sabría qué decirte.

IVÁN: La calma es favorable a la traición. Una rata puede salir de cualquier esquina cuando menos te lo esperas y pillarte desprevenido. Pero el ruido te mantiene alerta.

SAÚL: Supongo que tienes razón, Iván.

IVÁN *(Sonríe de medio lado)*: Yo siempre tengo razón, jefe.

SAÚL: ¿Revisaste la calefacción?

IVÁN: Sí. La criatura no se morirá de frío.

SAÚL: Antes lo haremos nosotros *(Se frota los antebrazos, en señal de frío)*

IVÁN: Si quieres, podemos conectarla aquí también.

SAÚL: No. Podría delatarnos. Basta con que funcione para él *(señala a la puerta de la derecha mediante un gesto con la cabeza)*.

IVÁN: Más que frío, lo que yo tengo es hambre.

SAÚL: Quedan patatas.

IVÁN: Estoy harto de esas patatas.

SAÚL: Hasta mañana no podremos comprar otra cosa.

IVÁN: Sí, ya lo has dicho varias veces.

SAÚL: Entonces, no sé a qué viene tu queja. Si tienes hambre, come patatas.

IVÁN *(Vuelve a sonreír de medio lado)*: No me quejo de nada, jefe.

SAÚL *(Se acerca a una de las estanterías del fondo)*: Algo me dice que vamos a comer muchas patatas aquí dentro.

IVÁN: Echaremos raíces, entonces.

SAÚL: Iván.

IVÁN: ¿Sí, Saúl?

SAÚL: ¿De verdad crees que saldrá bien?

IVÁN: Siempre sale bien.

(Se abre la puerta de la derecha. Entra MARA y cierra rápidamente la puerta. Se sienta junto a IVÁN en el tresillo y se echa encima una manta, aterida de frío)

(SAÚL se aproxima. Se queda de pie, detrás del tresillo)

SAÚL: ¿Cómo está?

MARA: Bien. *(Le quita a IVÁN el cigarrillo de los labios. Da una calada. Se lo queda. IVÁN sonríe de nuevo y empieza a liar otro cigarrillo)*

SAÚL: ¿Ha comido?

MARA: No.

SAÚL: ¿Y no te ha dicho nada?

MARA: Sí. Dice que tiene miedo.

IVÁN: Es inteligente. Más le vale tenerlo.

SAÚL: Hay que conseguir que coma.

MARA: ¿Quieres que le amenace?

SAÚL: No. Tampoco debe tener más miedo.

MARA: Entonces, ¿qué hago? ¿Mastico yo la comida y se la meto en la boca?

IVÁN (*Suelta una carcajada*): Si vas a hacer eso con él, creo que tengo derecho a pedirte el mismo servicio.

(*MARA golpea a IVÁN en el brazo*)

MARA: Ya comerá. No tendrá más remedio que comer.

SAÚL: Nadie nos garantiza que lo haga.

MARA: Yo te lo garantizo, si quieres. He criado a tres hijos. Al final, siempre terminan comiendo.

IVÁN: Pero éste no es tu hijo. Ni podría serlo (*Empieza a fumar su cigarrillo*)

MARA: No. Pero me teme como si lo fuera. Y no es muy distinto de un niño.

SAÚL: Pues no estaría mal que te viera como a una madre por otros motivos.

MARA (*Muy seria*): No he venido aquí a hacer de madre de nadie. Si estoy en esto es porque mis hijos están ahí fuera y todavía me necesitan.

IVÁN: No te enfades, cariño. El jefe parece nervioso, pero ya le conoces. Sabe controlar la situación.

SAÚL: No podemos permitir que esto salga mal.

MARA: ¿Sabéis algo?

SAÚL: Todavía no. Nada.

MARA: Pues poned la radio.

SAÚL: No la pondremos hasta que sea la hora de ponerla. (*Consulta su reloj de pulsera*) Faltan unos minutos todavía.

MARA: Pues vaya mierda. Qué aburrimiento.

SAÚL: ¿Ha dormido algo?

MARA: No parece. Tiene los ojos enrojecidos.

IVÁN: Pobrecito. (*Se divierte*) La mala conciencia, ya se sabe.

SAÚL: Dios Santo, Mara, dame una buena noticia. Sólo una.

MARA (*Enfurecida*): ¿Qué coño quieres que te cuente? ¡Está ahí, paralizado, muerto de pánico! ¡Si tanto te preocupa, entra tú y habla con él!

SAÚL: Se supone que tú debías encargarte de él, precisamente, para que tuviera menos miedo. Pero ya veo que no se te da bien tranquilizar a la gente.

IVÁN: Perdona jefe, pero ahora mismo tú no darías miedo ni a una mosca. Tendrías que conformarte con dar pena. Entra ahí y demuéstraselo (*Señala a la puerta de la derecha*)
(*SAÚL se lleva la mano derecha a la frente. Vuelve al fondo del escenario, junto a las estanterías*)

SAÚL: ¿Queréis que os diga la verdad? Empiezo a dudar de vosotros.

IVÁN: ¡Bravo! Pues esto no ha hecho más que empezar.

MARA: Para ser exactos, ni siquiera ha empezado todavía. ¿Qué harás cuando la cosa se ponga fea, Saúl? ¿Seguirás sin confiar en nosotros cuando haya que liarse a tiros?

SAÚL: Es que el objetivo prioritario consiste en evitar los tiros. Pero, por ahora, me contentaría con saber que él está bien. ¿Cuánto tiempo más puede seguir sin comer? Ya llevamos aquí dos días. ¿Y si le pasa algo? ¿Y si enferma? ¿Y si se muere? ¿Qué hacemos, si se muere?

MARA (*Se levanta del tresillo. Deja el cigarrillo sobre la mesa*): Pues si se muere, pediremos exactamente el mismo rescate. No pienso renunciar a un solo céntimo, ¿entiendes?

SAÚL: No puedes exigir lo mismo por una mercancía defectuosa.

MARA: Ése será tu problema.

SAÚL: También será el tuyo si no contribuyes, Mara. Por favor. Haz que se sienta un poco mejor.

MARA: ¡Si no comemos algo que no sean tus jodidas patatas, soy yo la que se morirá primero! ¡Y este frío! ¿Por qué no ponéis la puta calefacción aquí? ¿Por qué tiene que ser toda para él?

SAÚL: ¿Necesitas que te lo explique otra vez? Para poner la calefacción aquí tendríamos que poner en marcha el sistema general. Y podríamos despertar sospechas fuera.

IVÁN: Pero, cariño, si tienes frío yo puedo darte todo el calor que quieras (*Abre sus brazos, con el cigarrillo entre sus labios y sentado aún en el tresillo*)

MARA (*Hace un gesto de desprecio*): Me volveré loca si esto no acaba pronto.

IVÁN: Antes de seguir con esto, jefe, responde a una pregunta: ¿Por qué contacte con nosotros para este trabajo?

SAÚL: Porque sabía que erais capaces de hacerlo.

IVÁN: Entonces, ¿por qué dudas ahora? No estás en condiciones de dudar de nadie. Estamos metidos en esto hasta el final.

SAÚL: ¿Qué quieres decir?

IVÁN: Quiero decir que... espero no detectar ninguna tentación por tu parte.

SAÚL: Del mismo modo, yo espero que no cometáis ninguna estupidez. Aguardaremos hasta mañana. Entonces tendréis algo más que patatas.

MARA (*Se sienta en una silla. Observa la radio*): Alguien debería haber dicho ya algo.

IVÁN: No creas. Un par de días es un plazo razonable. Casi siempre se toman tiempo para hacer sus cálculos. Un secuestro es una cosa muy seria, cariño.

MARA: La próxima vez que me llames *cariño* te pegaré un tiro.

IVÁN: Así podrás hacerte una manta con mi pellejo.

SAÚL: Está bien. Voy a entrar. Hablaré con él. Intentaré que se tranquilice y que coma algo.

MARA: Ni ha mirado las patatas. Le dan tanto asco como a mí.

(*Suena el teléfono*)

(*SAÚL, IVÁN y MARA se quedan quietos, en silencio*)

(*El teléfono suena de manera insistente*)

(*IVÁN se acerca al teléfono sin levantarse del tresillo y se dispone a levantar el auricular*)

(*SAÚL saca una pistola de su pantalón. Apunta a IVÁN*)

SAÚL: ¡Quieto! ¡No se te ocurra cogerlo, Iván!

(*El teléfono sigue sonando*)

IVÁN (*Se levanta, enfadado*): ¡Joder! ¿Y si son ellos?

SAÚL (*Sigue apuntando a IVÁN*): ¡Así no! ¡Así no vamos a hablar con nadie! ¡Cuando quieran dirigirse a nosotros lo harán de otra manera! ¡Pero si coges ese teléfono ahora nos delatarás!

(*El teléfono sigue sonando*)

IVÁN: ¡Está bien! ¡Baja la puta pistola!

(*El teléfono deja de sonar*)

(Silencio. IVÁN respira fuertemente a causa de la excitación)

MARA: Si no vamos a utilizar el teléfono, deberíamos deshacernos de él.

SAÚL: No. Podría sernos útil en el futuro. De hecho, espero que lo sea. Cuando comunicamos el secuestro dejamos claro el procedimiento. Saben los pasos que tienen que dar. Esperaremos al siguiente boletín *(Consulta su reloj de pulsera otra vez mientras guarda la pistola)*. No podemos hacer otra cosa.

IVÁN: ¿Y si lo de la radio no les parece buena idea?

SAÚL: No están en la mejor posición para cuestionar nuestras exigencias. ¿Lo recuerdas? Somos nosotros quienes tenemos su juguete.

(IVÁN vuelve a sentarse en el tresillo)

(SÁUL abre la puerta de la derecha. Sale y cierra la puerta de inmediato)

(MARA se sienta en el tresillo junto a IVÁN. Se cubre con las mantas. Los dos fuman)

MARA: Este idiota es el que lo va a fastidiar todo.

IVÁN: Siempre cabe esa posibilidad.

MARA: Si esto termina mal te odiaré siempre, Iván.

IVÁN: Si esto termina mal quienes tú sabes no te da van a dar mucho tiempo para que me odies.

MARA: ¿Tú sigues confiando en él?

IVÁN: Sí. Es normal que esté nervioso. Nunca había estado metido en un lío así. Pero sí en otros peores, créeme. Si puedo confiar en alguien...

MARA *(Le interrumpe)*: Pues si él empieza a dudar de mí, imagina lo que yo empiezo a pensar de él.

IVÁN: Qué rara es la vida. ¿Sabes que cuando estábamos en el colegio todos se reían de él? Bueno, nos reíamos. Yo era el primero muchas veces. Y eso que él era mayor, nunca estuvimos en la misma clase. Pero sí coincidió con mi hermano, que no perdía la menor oportunidad de humillarlo, y claro, yo le imitaba. Me tenía tanto miedo como a mi hermano. Era ridículo. Le amenazabas un poco y se cagaba. *(Con voz infantil y patética)* “Saulito, maricón, ven y hazme los deberes, dame tu desayuno, vacíate ahora mismo los bolsillos”. Y Saulito obedecía sin rechistar.

MARA: Es enternecedor.

IVÁN: Él me odiaba. Quiero decir, me detestaba especialmente, seguramente porque era más pequeño. Una vez no pudo más e intentó darme una paliza. Yo miraba alucinado mientras me daba puñetazos en el pecho. Casi no sentía nada. Hasta que hizo

algo que... no supe cómo tomarme. Me dio una bofetada con la mano abierta. Como las que me daba mi madre, ¿sabes? Así, ¡zas! (*Hace el gesto con la mano derecha mientras sostiene el cigarrillo en los labios*). Me pegó como pegan los viejos. Entonces dejamos de hablarnos.

MARA: ¿Y cómo es que fue luego a buscarte tanto tiempo después para esto?

IVÁN: Yo le seguí la pista. Le fue bien, estudió, montó su empresa, ganó mucho dinero. Salió en los periódicos. Recuerdo que una vez leí una entrevista en la que recordaba lo mal que lo había pasado en el colegio. Y yo pensé “qué cabrón, nos la tiene bien guardada”. Después se metió en política. Y no tardaron en pillarlo con aquella maleta llena de billetes rumbo a Suiza. Estuvo en la cárcel. Y se arruinó, claro.

MARA: Si pensó en ti para el secuestro es porque también te seguía la pista.

IVÁN: No lo sé. Eso creo. Preguntó a mi hermano, aunque hacía ya mucho que aquel hijo de puta me olvidó. Al final se enteró de dónde vivía, pero ya sabes, eso no es difícil a poco que trapichees para los colegas. Vino y me hizo la propuesta. Lo que me contó me pareció correcto. Lo tenía todo bien atado, el tío. Debía haber tratado con cierta gente para urdir un plan así. Después fui a por ti (*Le pasa el brazo a M por encima del hombro*)

MARA (*Sonríe*): Si llegas a tardar tres minutos más, me habría tirado desde aquella azotea.

IVÁN: Así se las gasta la divina providencia. No tienes mucho que perder.

MARA: Estoy aquí para ganar. Necesito ese dinero. Lo demás no me interesa (*Se escabulle del brazo de IVÁN*)

IVÁN: Siempre has sido así de dura.

MARA (*Seria*): Tú no tienes hijos.

IVÁN: Eso no lo sabes con seguridad. En realidad, yo tampoco.

MARA: Eso y no tenerlos es lo mismo.

IVÁN: Claro. Ya sabemos que a madre no te gana nadie.

MARA: ¿Y cómo se le ocurrió a Saúl intentar un secuestro así? (*Mira hacia la puerta de la derecha*) Nadie le había visto desde hacía siglos.

IVÁN: Me costó mucho creerle cuando me dijo que lo tenía localizado. Pero me lo demostró de la manera más sencilla. Al día siguiente me metió en su coche, me llevó hasta el cruce, junto a la iglesia, y allí estaba. No me lo podía creer. Me froté los ojos una y otra vez, pero sí, era él. El cabrón siempre pasaba por la misma esquina justo a esa hora. Todos los días. Increíble.

MARA: Si te digo la verdad, todavía dudo de que sea él.

IVÁN: ¿Y quién podría ser, si no?

MARA: Cualquier señuelo. A lo mejor nos han dado gato por liebre.

IVÁN: Es inconfundible, Mara. Sólo puede ser él.

MARA: ¿Seguro? ¿Iba a ir por la calle, así, solo, sin nadie cubriéndole las espaldas? Tiene que tener más dobles que Stalin. Esto no ha podido salir tan fácilmente. Ya lo verás. Tarde o temprano saldrá el gato encerrado por alguna parte.

IVÁN: Está bien. Si no confías en él, confía en mí. Te juro que si algo se tuerce daré la cara por ti. No saldrás de esto sin lo que has venido a buscar. Tienes mi palabra.

(MARA sonríe de nuevo)

(MARA e IVÁN se besan)

(IVÁN aparta las mantas. Empieza a acariciar a MARA por debajo de su ropa)

(SAÚL abre la puerta. Entra y cierra de inmediato)

(MARA e IVÁN se separan, sin darse prisa)

(SAÚL se queda mirando a MARA e IVÁN. Después va al fondo, junto a las estanterías. Hay una botella de agua junto a un vaso. Llena el vaso y bebe. Unos compases de silencio)

(SAÚL deja el vaso en la estantería. Se acerca a MARA e IVÁN y se sienta en una de las sillas)

SAÚL: Algo no va bien. Está pálido. Si no come pronto...

MARA: Ya empiezo a cansarme de que si come o no come.

SAÚL: Es que si no come...

IVÁN *(Le interrumpe)*: Saúl, ya está bien. Parece que es él quien nos tiene cogidos a nosotros por los huevos. Ya comerá. ¿No te lo dijo Mara?

SAÚL: Parece decidido a no hacerlo.

MARA: Saúl, quiero preguntarte algo.

SAÚL: ¿Qué?

MARA: ¿Estás seguro de que es él?

SAÚL: ¿Cómo?

MARA: Que si estás seguro de que ése que hay ahí dentro es él.

SAÚL (*Con gesto de estupefacción*): ¿Y quién podría ser si no?

MARA: Un doble. Un señuelo.

SAÚL (*Se levanta, enfadado*): Esto sí que me parece increíble.

IVÁN (*A MARA*): Cariño, ya te lo he explicado, no creo que haga falta...

MARA (*Le interrumpe, amenazante*): Y yo te dejé bien claro que la próxima vez que volvieras a llamarme *cariño* te pegaría un tiro. (*A SAÚL*). Respóndeme, Saúl. ¿Estás completamente seguro de que es él?

SAÚL (*Indignado*): ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a hacerme esa pregunta? He pasado tres años siguiéndole de cerca, espiando todos sus movimientos, siendo su sombra de día y de noche. Me sé al dedillo todos sus trayectos, conozco de sobra a sus dobles y a sus señuelos. Así que ni si te ocurra darme lecciones.

MARA: ¿Y cómo has podido seguirle tan de cerca durante tanto tiempo cuando tantísima gente le ha buscado sin encontrarle? Muchos lo daban por muerto.

SAÚL: Yo sí sé dónde buscar.

MARA: No soporto que te pases de listo.

SAÚL: Ni yo soporto que pongas en cuestión mi autoridad aquí. Entérate de una vez: tengo contactos, tengo influencias, dispongo de línea directa con el cielo y con el infierno. Puedo encontrar lo que yo quiera, cuando yo quiera.

MARA: Yo creo que tú no tienes una mierda. Y que estás jugando con nuestras vidas.

SAÚL (*Va a echar mano de su pistola. IVÁN cubre a MARA. SAÚL Se detiene. Intenta calmarse*): Está bien. Vamos a ir despacio. Voy a ignorar eso. Por tu propio bien.

MARA: Me juego mucho con todo esto, ¿sabes? Más de lo que te puedas imaginar.

SAÚL: Sobre eso tampoco puedes darme lecciones (*Vuelve a sentarse en la silla*)

IVÁN (*De nuevo divertido. Apaga la colilla del cigarrillo contra la mesa*): Vaya, parece que todos tenemos muchas ganas de que esta partidita acabe de una vez. Más incluso que nuestro noble invitado. Nada de esto me sorprende, ¿sabéis? Ya sabía que meterme aquí con vosotros dos iba a darme dolores de cabeza. Por eso he venido preparado.

(*Mete la mano bajo los cojines del tresillo. SAÚL hace un gesto de alerta*)

IVÁN (*A SAÚL*): Tranquilo, hermano. Únicamente guardo aquí un repuesto.

(*IVÁN saca del fondo del tresillo una botilla de whisky y dos vasos. Lo pone todo sobre la mesa*)

SAÚL: ¿Cómo has metido eso aquí?

IVÁN: Con sigilo, hombre. Igual que con todo en la vida.

SAÚL: Dime ahora mismo de dónde lo has sacado...

IVÁN: ¿Pretendes que recuerde ahora en qué gasolinera compré esta bazofia? Venga, hombre (*Abre la botella*). Pero si ni siquiera te diste cuenta, de agobiado que ibas. ¿Te apetece una copa?

SAÚL: Nos estás poniendo en peligro, Iván.

IVÁN: Tomaré eso como un no. Así que me permitiré invitar a esta linda señorita (*Llena los dos vasos. Ofrece uno a MARA. Brindan y empiezan a beber*)

SAÚL: Ahora sí estoy convencido de que esto acabará mal.

IVÁN: Confía en mí, jefe (*Le guiña un ojo a SAÚL*). Siempre acaba bien.

SAÚL (*Consulta su reloj de pulsera*): Ya casi es la hora de las noticias.

IVÁN: ¡Bien! ¡Pongamos la radio, al fin! ¡Un poco de música deliciosa para mis oídos!

(*IVÁN enciende la radio que hay encima de la mesa*)

(*Suena el primer movimiento del 'Concierto para piano n° 3 en re menor' de Rachmaninov*)

(*SAÚL se siente en una silla. IVÁN y MARA siguen bebiendo*)

(*La música sigue sonando durante unos segundos, hasta que empieza a descender el volumen en un 'fade'*)

(*Suena una señal horaria con cinco tonos y después una breve sintonía*)

(*Suena la voz de la LOCUTORA*)

LOCUTORA: Noticias de las cinco. Titulares.

(*Se repite la breve sintonía*)

(*La LOCUTORA pronuncia los titulares. Después de cada titular suena dos veces un mismo acorde musical en tonalidad mayor. La sintonía sigue sonando a menor volumen*)

LOCUTORA:

- Localizados tres nuevos focos de expansión de la epidemia del virus Zika. El Gobierno eleva la cifra de muertos a 5.000 mientras el Ejército despliega su dispositivo en el Noroeste. La ayuda europea empezará a hacerse efectiva a partir del lunes.

- La prima de riesgo alcanza un nuevo máximo histórico de 3.500 puntos. El director del Banco Central Europeo confirma al presidente que el cuarto rescate es inevitable. La cumbre de Roma culminará esta tarde previsiblemente sin grandes cambios.
- Nueva tragedia en el Estrecho: al menos cien personas, de las que mitad eran niños, fallecieron la pasada noche después de que la patera en que viajaban se hundiera tras el impacto de un explosivo lanzado desde la costa. Salvamento Marítimo ha rescatado hasta el momento treinta cuerpos.
- Continúan los enfrentamientos en Estados Unidos tras la muerte de un inmigrante latino en Nueva Jersey a manos de la policía. El presidente Trump tuvo que abandonar la Casa Blanca después de que los ataques de la población civil ocasionaran un incendio. El toque de queda se mantendrá en las principales ciudades durante al menos otras dos semanas.
- El presidente israelí, Elías Bonnín, rechaza una vez más las sanciones impuestas por Naciones Unidas y afirma que la anexión de Siria fue una medida “necesaria para preservar la seguridad”.
- Detenido en Málaga el hombre que vació un bote de ácido sulfúrico sobre el ‘Guernica’ de Picasso en el Museo Reina Sofía de Madrid. En el momento del arresto, Pablo Bujalance, autor de la agresión, llevaba consigo cien mil euros en metálico y un pasaporte falso.
- Deportes: La Selección Española de fútbol vuela hoy a Australia dispuesta a revalidar su título de campeona del mundo. El entrenador...

(MARA apaga la radio. Deja su vaso sobre la mesa)

MARA: No me lo puedo creer...

SAÚL *(Perturbado)*: No la apagues todavía. A lo mejor dicen algo luego.

IVÁN *(Da un sorbo largo a su vaso)*: ¿Qué van a decir? Ya lo has oído. Nada.

MARA *(Consternada)*: No han dicho nada del secuestro. Ni siquiera han seguido tus instrucciones.

SAÚL: Está bien... Habrá que pensar...

MARA *(Le interrumpe)*: ¿Qué hacemos ahora? ¿Lo matamos?

SAÚL: Muerto no nos serviría de nada. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

MARA: Pues entonces vamos a cortarle una mano y se la mandamos a esos de la radio por correo. Verás cómo entonces sí nos hacen caso.

IVÁN *(Se llena el vaso de whisky)*: Están jugando con nosotros.

SAÚL: ¿Qué quieres decir?

IVÁN (*Da un sorbo al vaso*): Quieren ponernos nerviosos. Que perdamos el control. Y lo están consiguiendo.

MARA: Son ya dos días. ¡Dos días! ¿Hasta cuándo van a seguir callados?

SAÚL: Quiero pensar que... (*Se levanta, ofuscado*) Intentan evitar una alarma que podría generar un caos. ¿Cómo reaccionaría la mayoría de la gente si supieran que han secuestrado a... (*Mira a la puerta de la derecha*) él? Es imprevisible.

MARA: Pediste un rescate, ¿no es así? Y no han respondido, ¿verdad? Pues entonces, tenemos que ir en serio. Si quieren jugar con nosotros, hay que demostrarles que no nos vamos a prestar a eso. Que se les acaba el tiempo.

IVÁN: Saúl, tal vez tendríamos que comunicarnos de otro modo. Que la radio no diga nada tampoco significa gran cosa. Tal vez sí se está hablando del asunto y nosotros no lo sabemos.

SAÚL: Ya dejé muy claro que no quiero móviles aquí dentro.

IVÁN: Sí, de acuerdo, nada de móviles. Pero...

SAÚL (*Le interrumpe*): Iván, espero que no tengas ningún móvil.

IVÁN: ¡Lo tengo apagado, joder! ¿Qué te hace pensar que podría tenerlo encendido?

SAÚL: Que hayas metido una botella de alcohol sin decir nada.

IVÁN (*Se levanta, furioso*): ¿Me tomas por tonto? ¿De verdad me crees capaz de tener un móvil encendido ahora? ¡Nadie va a encontrarnos por una maldita botella de whisky, Saúl! ¡Pero yo necesito algún aliciente o voy a reventar!

MARA (*Se levanta*): Estoy harta de vosotros. Si no lo hacéis, lo haré yo.

SAÚL: ¿Qué vas a hacer?

MARA: Rajarle el cuello a ese hijo de puta (*Señala a la puerta de la derecha*).

SAÚL (*Extiende sus manos*): Tendré que matarte antes. Y no dudes de que lo haré si tan sólo te acercas a él de mala manera. Yo también necesito el dinero, Mara. Así que vamos a calmarnos todos.

IVÁN: Eso, vamos a calmarnos todos (*Toma el vaso de encima de la mesa y se retira al fondo, junto a las estanterías*).

SAÚL: Os diré lo que vamos a hacer. He traído mi cámara. Voy a hacerle una foto. Iré a mi casa, la imprimiré y enviaré a alguien a que la lleve al periódico. De esta manera no podrán hacerse más los tontos. Y no levantaremos sospechas.

MARA: ¿Vas a ir a tu casa?

SAÚL: Sí. No hay otra manera.

MARA: Estás loco.

SAÚL: Tendré cuidado.

MARA: Nos vas a delatar a todos.

SAÚL: No. Pero vosotros no le tocaréis mientras yo esté fuera. ¿De acuerdo?

IVÁN (*Desde el fondo*): De acuerdo, jefe. Seremos niños buenos.

MARA (*Se sienta en el tresillo. Mira al vacío*): Dijiste que podríamos pedir lo que quisiéramos.

SAÚL: ¿Qué?

MARA: Dijiste que no se negarían a nada. Que ante un secuestro así se pondrían de rodillas. Que saldríamos de ésta con más dinero del que pudiéramos gastar en nuestra vida.

SAÚL: Lo dije y lo mantengo.

MARA (*Empieza a llorar. Coge la botella de whisky y da un sorbo*): Y yo te creí, ¿sabes? Claro, ¿cómo no iba a creerte? Estábamos hablando de él. De alguien a quien conoce todo el mundo. Alguien tan querido y tan admirado. Quién sabe si yo misma, ante una situación así, no me habría rascado hasta el último bolsillo con tal de que le dejaran en paz... Y sin embargo...

SAÚL: ¿Qué?

MARA: Ya no me creo nada. No me creo que ése al que tenemos ahí sea él. Ni que a la gente le importe tanto. ¿Cuándo fue la última vez que hablaron de él, que salió en la televisión? Ya ni me acuerdo. Incluso, aunque fuera realmente él, tal vez a la gente ya le dé igual.

SAÚL: Piénsalo bien, Mara. Estás hablando de él. ¿De verdad crees que la gente se quedaría tranquila en su casa sabiendo que lo han secuestrado? Por eso precisamente no dicen nada. Bastante tiene este país con lo que tiene...

MARA: A mí eso ya no puede importarme.

SAÚL: Iván tiene razón. Están jugando con nosotros. Quieren demostrar que mandan ellos. Y estoy seguro de que nadie quiere dar esta noticia. A todo el mundo le saldría muy caro, menos a nosotros. Pero les vamos a obligar a que lo hagan.

(SAÚL se retira al fondo, junto a IVÁN. Toma una cámara fotográfica de una estantería y se dirige a la puerta de la derecha)

SAÚL: Mañana tendréis noticias. Os lo aseguro.

(SAÚL abre la puerta. Sale y la cierra de inmediato)

(Unos segundos de silencio)

MARA *(En el tresillo)*: ¿Iván?

IVÁN *(En el fondo, de pie)*: ¿Sí?

MARA: Ojalá no hubieras venido nunca a buscarme a aquella azotea.

IVÁN: Te propongo un trato. Si esto no sale bien, volveremos allí y nos tiraremos los dos.

MARA: Tú dijiste que siempre sale bien.

IVÁN: Y así es. ¿Es que se te ocurre acaso un final mejor?

MARA *(Sonríe)*: Sí, tienes razón.

IVÁN: Por mi parte, creo que, si esto sigue así mucho más tiempo, tendremos que buscar los beneficios inmediatos. Aunque esto nos obligue a renunciar a algunas cosas.

MARA: ¿A qué te refieres?

IVÁN: Lo sabrás en su momento. Sólo digo, por ahora, que si no hay noticias habrá que salvar los muebles. Por lo menos.

MARA: No soporto los misterios. Ya sabes que no pienso renunciar a un solo céntimo. O todo, o mi cabeza.

IVÁN: A lo mejor te conviene una alternativa.

(SAÚL abre la puerta de la derecha y entra. La cierra de inmediato)

SAÚL: Listo. Voy a casa. Estaré aquí en una hora.

IVÁN: ¿Y si no vuelves?

SAÚL: Volveré.

MARA: Lo dices muy seguro.

SAÚL: Ya no quiero dudar más. Mañana iré a comprar el periódico y traeré comida. Hasta entonces, esperaremos.

MARA: Cuando te pones a hacer de padre pareces aún más estúpido.

SAÚL: Prefiero no responder a eso.

(SAÚL sale con la cámara por la puerta de la izquierda)

(MARA e IVÁN guardan silencio unos instantes)

MARA: ¿Iván?

IVÁN: ¿Sí?

MARA: Si entro ahí y le corto una mano a ese desgraciado, ¿tú también lo impedirás?
¿Tú también me matarás antes?

IVÁN: Se me ocurren otros modos más interesantes de hacerte cambiar de opinión. Pero ya sabes que Saúl nunca ha sido muy buen caballero.

MARA: Hay algo en mí que desea terminar de una vez.

IVÁN: Pero no así, cielo. Antes podemos aprovechar los breves instantes que nos concede la fortuna para encontrar un poco de placer.

MARA: Siempre piensas en lo mismo.

IVÁN: Cuando te miro, sí. ¿Cuánto dijo que tardaría? ¿Una hora?

MARA: Si me dejas que entre con un cuchillo tendrás tiempo de sobra. A mí me basta un minuto.

IVÁN: Cuánto me gustas así, impetuosa y fatal (*Se acerca hasta el tresillo*). La mujer que me condujo a probar aquello de cuya existencia yo ni siquiera sospechaba. Sólo me sale desearte. Te juro que cuando termine esta historia... (*Se queda de pie tras el tresillo. Acaricia a MARA en los hombros. La besa en el cuello*)

MARA (*Inerte*): Quién sabe lo que podremos hacer cuando termine (*Da otro sorbo a la botella mientras IVÁN sigue besándola en el cuello*)

(*Suena el teléfono*)

(*IVÁN se detiene. MARA no reacciona. Sigue bebiendo*)

(*Ambos se quedan quietos mientras el teléfono suena de manera insistente durante unos segundos*)

(*IVÁN se acerca a la mesa. El teléfono sigue sonando*)

(*IVÁN sigue de pie, con MARA tras él sentada en el tresillo. IVÁN descuelga el teléfono. Se lleva el auricular a la oreja*)

IVÁN: ¿Diga?

(*Oscuro*)

ACTO II

(En escena, SAÚL y MARA)

(Están sentados en las sillas, frente a frente. Comen unos sándwiches envasados y beben latas de cerveza que toman de dos montones puestos sobre la mesa)

MARA *(Mira el sándwich que está comiendo con asco)*: ¿De verdad hemos tenido que esperar tanto tiempo para comer esta bazofia?

SAÚL: ¿Acaso no te gusta más que las patatas?

MARA: No sé qué es peor.

SAÚL: Lo que espero es que él se coma los suyos *(Mira a la puerta de la derecha)*

MARA: Si de verdad quieres que coma, Saúl, deberías traerle comida, no basura. Y a nosotros también, de paso.

SAÚL: Ya falta poco.

MARA: ¿Para qué?

SAÚL: Para que esto acabe.

MARA: ¿Cómo lo sabes?

SAÚL: No puede durar mucho más.

MARA: Insisto, ¿cómo lo sabes? Hay secuestros que duran meses. Hoy es nuestro tercer día.

SAÚL: Un secuestro como éste debe resolverse en poco tiempo, sin remedio.

MARA: ¿Y acabará bien o mal?

SAÚL: Ya oíste a Iván. Siempre acaba bien.

MARA: Qué sabrá ese colgado.

SAÚL *(Consulta su reloj de pulsera)*: Está tardando demasiado.

MARA: A lo mejor se agotaron los periódicos y ha tenido que ir a buscar a otro sitio.

SAÚL: No, los periódicos no pueden agotarse tan temprano.

MARA: Pues, ya que saliste a por esta miseria *(Levanta el sándwich)*, podrías haberte traído también el periódico y no hacerle salir.

SAÚL: Hay que actuar así, Mara. Cuanto menos vueltas demos por ahí, mejor. Tenemos que aprovechar que estamos los tres.

MARA (*Señala la radio*): Pon algo de música, anda.

SAÚL: No, pondremos la radio cuando empiecen las noticias.

MARA: Estoy harta de noticias. Mataría por escuchar un poco de música.

SAÚL: No hables de matar, por favor. Lo siento. Desconfío de cualquier señal que pueda ponernos en contacto con el exterior.

MARA: Nadie se iba a dar cuenta.

SAÚL: No lo sé. Por si acaso (*Termina su sándwich y apura su lata de cerveza*)

(*Se oye una cerradura. Se abre la puerta de la izquierda y entra IVÁN*)

(*Trae un periódico. Se lo arroja a SAÚL a la cara*)

SAÚL (*Sin inmutarse*): ¿Viene algo?

IVÁN: Nada.

(*SAÚL empieza a hojear el periódico, nervioso*)

MARA (*Ríe*): ¡Por lo menos, el jefe ha traído fiambre que sabe a muerto! ¡Sírvete!

(*IVÁN se sienta en el tresillo y coge un sándwich de la mesa. Retira el envoltorio y lo olisquea*)

IVÁN (*A Saúl*): Sabías cómo hacernos echar de menos las patatas, ¿eh? ¿A qué clase de chino le has comprado esta mierda?

MARA (*Sigue riendo*): Al de las uñas más negras.

IVÁN: Ya que vamos a ganar tanto dinero a costa de nuestro invitado, podrías utilizar alguna tarjeta de crédito y traer algo que no nos revuelva el estómago.

MARA (*Ríe más fuerte*): ¡Pero eso nos delataría!

SAÚL (*Termina de pasar las hojas del periódico*): Nada... No viene nada... Y estoy seguro de que les llegó la foto...

IVÁN: Eso no es todo. De camino hacia aquí paré en un *cíber*.

SARA: ¿Qué? ¿Qué has dicho?

IVÁN (*Abre una lata de cerveza*): He dicho que paré en un *cíber*.

SAÚL (*Se levanta, furioso*): ¿Cómo has podido? ¿Es que piensas ir dejando pistas por ahí cada vez que te dejamos solo?

IVÁN: Saúl, si nos quedamos mirando el periódico y escuchando la radio no vamos a enterarnos de nada. Había que comprobarlo en Internet. No nos ponemos en peligro por entrar en un *cíber*. No se dejan huellas.

SAÚL: Entérate de una vez, estúpido: nosotros sí dejamos huellas. En todas partes. Y ellos (*Señala a la puerta de la izquierda*) saben cómo seguirlas.

MARA (*A IVÁN, ignorando a SAÚL*): ¿Y has encontrado algo?

IVÁN (*Sonríe*): Nada. Nada de nada. Lo siento, amiguitos. Fuera de este agujero, nuestro secuestro no existe.

SAÚL (*Se va al fondo, junto a las estanterías*): Siguen jugando. Están apostando fuerte.

IVÁN: Habría que pasar a la acción, Saúl. Si no, nos vamos a morir de asco.

MARA: Eso es (*Mira a la puerta de la derecha*). Dejádmelo un segundo, hacédle una foto y veréis como vienen a por él con nuestro dinero.

SAÚL: Todavía no.

MARA (*Se levanta, rabiosa*): Entonces, ¿hasta cuándo?

IVÁN: Saúl, ¿estás seguro de que no tiene familia?

SAÚL: Sí.

IVÁN: ¿Seguro? ¿No tiene a nadie?

SAÚL: Seguro. Si tiene a alguien, no lo ha visto en el último año.

IVÁN: Estamos errando el tiro. Los medios de comunicación saben cómo se juega, tanto o más que los negociadores. Habría que encontrar a alguien con menos capacidad de control. Alguien que perdiera los papeles. Sin intermediarios.

SAÚL: ¿Crees que no lo había pensado antes? No hay nadie. Nadie a quien le importe de manera directa. Hemos pedido al rescate a quien había que pedirlo: al Gobierno y a la policía. Pero si tuviese familia, habríamos actuado del mismo modo. ¿Qué habríamos podido sacarle a un tío o a un hermano? Una miseria comparada con todo un país puesto de rodillas.

MARA: Pues tu país se hace el sordo antes de ponerse de rodillas.

SAÚL: Nadie se hace el sordo aquí. Lo que pasa es que esos listos han cerrado todas las bocas.

IVÁN: Pero si lo hemos secuestrado es, precisamente, porque le importa a todo el mundo. Porque nadie querría llorar su pérdida, ¿no es así? Bien, acudamos entonces a cualquiera. Que el Gobierno siga callado, si quiere. Obligemos a alguien a darse por enterado y a partir de entonces prenderá la mecha.

SAÚL: Eso no es posible, Iván. Es el secuestro el que debe ser noticia, no nosotros.

IVÁN: ¿Qué quieres decir con eso?

SAÚL: Que nadie debe vernos, ni encontrarnos, ni hablar con nosotros. Únicamente acordaremos un encuentro cuando tengan listo el dinero.

IVÁN: ¡Pues pongámonos tres putos pasamontañas, joder! ¡Hay que hacer algo, Saúl, por Dios! ¡Si no, él se morirá y nosotros también!

SAÚL (*Se lleva las manos a la cabeza*): ¡Estoy intentando pensar! (*Da una patada a la estantería más cercana. Caen varios objetos al suelo*) ¡Callaos ya de una vez! ¡No puedo concentrarme! ¡Me niego a creer que nadie le haya echado en falta! ¡De acuerdo, esperaba una respuesta muy distinta! ¡No está saliendo como yo esperaba! ¡Pero este silencio no puede confundirnos! ¡Es él, joder! ¿Cómo no van a darnos lo que pidamos? ¡Sólo intentan ganar tiempo! ¡Bien, pues que lo ganen, no les servirá de nada!

MARA: Estoy con Iván. Hay que hacer algo. Sería mejor que le doliese. El hambre mata, pero no duele.

IVÁN: Debiste pensar en alguien con familia. Alguien con hijos. Aunque fuese menos famoso. Habría sido más fácil.

SAÚL (*Resopla, fatigado*): ¿Cuántas veces dijo aquello de “mi familia es el mundo entero”? ¡Pensad en él por un momento! Necesitamos llegar a la opinión pública, en cuanto lo hagamos estallará el caos... Pero los medios siguen la estrategia que dicta el Gobierno. Quieren desquiciarnos.

IVÁN: Entonces, subamos la foto a Internet y dejemos que ruede.

SAÚL: Si hacemos eso, estaremos firmando nuestra sentencia de muerte. Vendrán enseguida. Pero sin dinero y armados hasta los dientes. Para ir por delante en la negociación debemos actuar como si no existiéramos. ¿Lo entenderás alguna vez?

IVÁN: Lo entendería si hubiera alguna negociación.

(Llaman a la puerta de la izquierda, con tres golpes)

(SAÚL, MARA e IVÁN sacan sus pistolas y se acercan rápidamente a la puerta, apuntando con sus armas)

(Suenan otros tres golpes)

(SAÚL, MARA e IVÁN continúan en pie, apuntando con sus pistolas a la puerta)

FÁTIMA: (*Desde fuera*): ¿Papá?

SAÚL: ¿Fátima?

FÁTIMA: ¡Abre!

(SAÚL baja su pistola y la guarda en su pantalón. Mira durante unos segundos a MARA e IVÁN, que siguen apuntando a la puerta)

SAÚL: Voy.

(SAÚL abre la puerta de la izquierda. Coge de un brazo a FÁTIMA y tira de ella hacia dentro con fuerza. Se asoma discretamente por la puerta, comprueba que no hay nadie a derecha e izquierda y cierra después de un portazo)

(MARA e IVÁN apuntan con sus pistolas a FÁTIMA, bloqueada por el pánico)

(SAÚL indica con un gesto a MARA e IVÁN que bajen sus armas. Las guardan los tres)

SAÚL *(A FÁTIMA)*: ¿Qué haces aquí?

FÁTIMA: Papá, llevo tres días buscándote.

SAÚL: Déjate de historias. ¿Qué haces aquí?

FÁTIMA: Mamá está mal... Está muy mal, papá... Quería hablar contigo...

SAÚL: Escucha... *(Se oculta los ojos con la mano derecha. Guarda silencio durante unos segundos)* ¿Cómo me has encontrado?

FÁTIMA: Después de mover cielo y tierra se me ocurrió que a lo mejor estabas aquí. Me pareció una locura, pero vine a comprobarlo. Y vi el coche en la puerta. Pero, ¿qué te ha hecho volver? ¿De qué te escondes? ¿Y quiénes son ellos? *(Mira a MARA e IVÁN con total desconfianza, arrimada a las estanterías del fondo, como acorralada)*

SAÚL: Fátima, ellos son dos... amigos... que me están ayudando con una tarea importante. Escúchame: lo mejor es que te vayas enseguida y que olvides que me has visto. No le digas a nadie que has estado aquí. Y si te pregunta tu madre... Dile que ya hablaré con ella.

IVÁN *(Saca su pistola, vuelve a apuntar a FÁTIMA, que se arrincona aún más junto a las estanterías, presa del terror)*: De eso nada.

SAÚL *(Saca su pistola. Apunta a IVÁN)*: ¿Qué haces? ¿Estás loco? ¡Es mi hija, imbécil!

IVÁN: Como si es el Papa de Roma. De aquí no se va nadie.

SAÚL: ¿Cómo te atreves?

IVÁN: Lo que has oído. No pienso consentir que se vaya sin más. Nos ha visto a todos, sabe dónde estamos.

SAÚL: ¡No se lo dirá a nadie! ¡No se irá de la lengua! ¡Te lo juro por mi vida!

IVÁN: No confío en ella. En ti tampoco. No confío en nadie.

MARA (*Mantiene guardada su pistola. Muy tranquila*): Iván tiene razón, Saúl. Tú mismo has insistido mil veces en que esto sólo saldrá bien mientras no nos delatemos. Ella ya nos ha visto. Y aunque no vaya a chivarse, basta cualquier comentario inocente para poner a esa gentuza sobre la pista. ¿Estás seguro de que no la siguen a ella? Seguramente ya los habrá guiado hasta nosotros. Es demasiado peligroso. No puede andar por ahí fuera como si nada.

SAÚL (*Guarda la pistola. También lo hace IVÁN*): Está bien... Está bien... (*A FÁTIMA*) Cariño, vas a tener que quedarte aquí. No será por mucho tiempo. Yo cuidaré de ti. Y no les temas (*Mira a MARA e IVÁN*), no te harán daño.

FÁTIMA (*Niega con la cabeza, llorando*): Papá, no sé qué pasa aquí pero... Tengo que irme.

SAÚL (*Abraza a FÁTIMA*): No puede ser, mi vida... No puede ser.

FÁTIMA: Papá, es mamá... Se está muriendo... Tengo que ir con ella...

SAÚL: Mamá no se va a morir. Ya le he puesto remedio a eso. Sólo habrá que esperar unas horas y tendremos el dinero. No se va a morir.

FÁTIMA: Ya no puede aguantar más... Por favor, si no quieres venir, por lo menos deja que me vaya yo con ella... (*Se escapa del abrazo de SAÚL*)

SAÚL: Fátima, no me lo pongas más difícil.

FÁTIMA: Si mamá no te importa, a mí sí (*Llora*)... Quédate con ellos, no diré nada, pero deja que me vaya...

SAÚL (*Estalla en ira. Golpea las estanterías. Caen más objetos al suelo*): ¡He dicho que no puedes irte! ¿Es que quieres que me maten? ¡Si me he metido en esto es precisamente por tu madre! ¡Para que ni tú ni ella tengáis que decir una sola vez más que no me importa! ¡Espero que ahora puedas hacerte una idea de cuánto me ha importado todo este tiempo!

(*FÁTIMA se sienta en el suelo y se protege la cabeza mientras SAÚL empieza a arrojar trastos al suelo. MARA e IVÁN se retiran y se sientan en el tresillo. SAÚL coge un viejo reloj despertador y lo eleva como para arrojárselo a FÁTIMA. Descompuesto, recapacita y lo deja caer. Se sienta en el suelo junto a su hija, que sigue llorando*)

SAÚL (*En voz baja*): No tenías que haber venido. Si durante tres días no he dado señales de vida era precisamente para que no me buscarais.

FÁTIMA (*Gime*): Mamá se muere. Tal vez se ha muerto ya. Mi obligación era buscarte.

SAÚL: No. Tu obligación era quedarte junto a ella. No tienes que recordarme mis responsabilidades. Para eso me basto y me sobro.

FÁTIMA: Lo siento, papá. Eso no has sabido demostrarlo.

SAÚL: Tenía una posibilidad. Ya ves. Ahora se ha estropeado todo.

(Unos compases de silencio)

FÁTIMA *(Recompuesta, más tranquila)*: ¿A qué te refieres?

SAÚL: ¿Con qué?

FÁTIMA: Con tu posibilidad.

SAÚL: Fui a por él. Ellos me ayudaron *(Señala a MARA e IVÁN)*

FÁTIMA: ¿Es eso verdad?

SAÚL: Sí.

FÁTIMA: ¿Fuiste capaz de hacer algo así?

SAÚL: Sí.

FÁTIMA: ¿Lo encontraste?

SAÚL: Sí.

FÁTIMA: ¿Y lo... secuestraste, tal y como me habías dicho?

(IVÁN, sentado en el tresillo, mueve su cabeza como si quisiera escuchar mejor el diálogo)

SAÚL: Sí.

FÁTIMA: ¿Y dónde está?

SAÚL: Ahí *(Señala a la puerta de la derecha)*

FÁTIMA: ¿De verdad?

SAÚL: De verdad. Puedes comprobarlo tú misma, si quieres.

FÁTIMA *(Nueva expresión de pánico)*: ¿Cómo has podido, cómo...?

SAÚL *(Le interrumpe)*: No tenía alternativa. Tenía que apostar a lo grande. Todo o nada.

FÁTIMA: ¡No! ¡No te creo! ¡No quiero creerte! *(Llora de nuevo. Golpea en el brazo a SAÚL, que no reacciona)*

IVÁN *(Se levanta del tresillo, se dirige a SAÚL y FÁTIMA, que siguen sentados en el suelo)*: Un momento, a ver si lo entiendo bien... ¿Es Fátima tu nombre?

FÁTIMA *(Asustada)*: Sí.

IVÁN: Bien. Y, ¿me ha parecido entender por vuestra conversación que tu padre te había contado por qué estamos aquí?

SAÚL: Se lo conté todo, Iván.

FÁTIMA: Pero no le creí. ¿Cómo podía creer que alguien en su sano juicio iba a ser algo así?

IVÁN (*Aplaudes*): Eso es... maravilloso. ¿Y a quién más se lo has contado, traidor? (*Saca su pistola. Apunta a SAÚL*)

SAÚL: Guarda la pistola. No se lo he dicho a nadie más.

IVÁN (*Sigue apuntando*): Dame una buena razón para creerte.

SAÚL: Estamos aquí. Todavía. Mandamos nosotros. Si hubiese cometido un solo error, ya estaríamos muertos.

MARA (*Desde el tresillo*): Pero qué mierda mandamos nosotros.

IVÁN (*Desplaza la pistola, apunta a FÁTIMA*): ¿Y tú bonita? ¿A quién se lo has dicho tú?

FÁTIMA (*Aterrorizada, se abraza a SAÚL*): ¡A nadie! ¡A nadie! ¡Lo juro! ¡Lo olvidé de inmediato! ¡Si se lo hubiese dicho a alguien, habrían tomado a mi padre por loco!

(*IVÁN sigue apuntando a FÁTIMA unos segundos. Después guarda la pistola y vuelve al tresillo junto a MARA*)

IVÁN: Ahora sí podemos decir que estamos muertos. Se acabó (*Abre una lata de cerveza. Da un trago largo*)

MARA: ¿Qué hacemos entonces?

IVÁN: Deberíamos pegarle dos tiros y largarnos de aquí cuanto antes.

MARA: No, eso no. Largarnos no. Lo perderíamos todo.

IVÁN: Ya lo hemos perdido todo.

MARA: Eso lo dirás tú. Yo no pienso marcharme de aquí sin mi parte.

IVÁN: No hay parte. Si nos quedamos mucho más tiempo, te meterán una bala en el cráneo y se habrá terminado. Aunque quizá...

MARA: ¿Qué?

IVÁN: ... haya alguna forma de sacarle un provecho rápido a esto (*Mira a la puerta de la derecha*)

SAÚL (*Se incorpora. Se acerca al tresillo*): Sé por dónde vas, Iván. Ni se te ocurra. No pienso consentir eso. De ninguna manera.

IVÁN: Ya lo veremos.

SAÚL: Tendrás que matarme antes (*Se sienta en una silla, con expresión de fatiga*)

IVÁN: Ya lo veremos.

(*FÁTIMA se incorpora. Avanza muy despacio hacia la puerta de la derecha. Al llegar apoya su espalda contra la puerta y se queda en pie. Mira al vacío*)

FÁTIMA: Papá.

SAÚL: ¿Qué?

FÁTIMA: ¿De verdad es él?

SAÚL: Sí.

MARA (*Ríe. A FÁTIMA*): Si te sirve de consuelo, cielo, yo tengo mis dudas.

SAÚL: Es él. Sin duda.

FÁTIMA: ¿Cómo has llegado a cometer esta monstruosidad?

SAÚL: Piensa en tu madre. Piensa en todo lo que teníamos. ¿De verdad no lo comprendes?

FÁTIMA: No es que te comprenda o no. Es que no te creo capaz. Y mucho menos por mamá.

SAÚL: Siempre pensarás igual. No puedo luchar contra eso. Pero ¿sabes una cosa, Fátima? Por primera vez en mucho tiempo, tengo la conciencia completamente tranquila. También tengo mucho miedo. Pero ninguna voz me acusa.

FÁTIMA: Eso me da mucho más miedo a mí.

SAÚL: Lo haría una y mil veces más si bastara para salvar a tu madre.

FÁTIMA: Es otra cosa lo que quieres salvar. Te escuché el otro día hablando por teléfono con aquel inversor. Llorabas como un niño.

SAÚL: La derrota que significas también viene a calmar mi conciencia. Prefiero el miedo. Tenlo por seguro.

FÁTIMA: Lo que tu conciencia te diga no tiene ninguna importancia. Nadie te perdonará nunca lo que has hecho. Ni mamá, en el caso de que sobreviva. Ni yo misma. Esto sí lo puedes tener por seguro.

SAÚL: Fátima...

FÁTIMA (*Le interrumpe*): No sé cuánto dinero pensabas sacar con esto. Porque se trata de dinero, ¿verdad? Claro, qué iba a ser si no. Espero que pensaras también en cuánto odio acumulará la gente contra ti por haberte atrevido a cometer este crimen.

SAÚL: Por supuesto que lo pensé.

FÁTIMA: ¿Y aun así decidiste seguir adelante? Entonces, eres tú el que debería morir en aquel hospital, o aquí mismo, delante de mí, pero no mamá. Tú no eres un hombre. Eres... no puedo saber lo que eres. No te conozco.

SAÚL: Asumí todo ese odio del que hablas. Asumí incluso la posibilidad de dejar de ser un hombre y convertirme en un monstruo. Si con ello lo salvaba todo, incluida tú, estaba dispuesto a pagar el precio.

FÁTIMA: Tú no eres quién para salvarme. Ni puedes pagar precio alguno. No tienes nada. Antes pudiste preocuparte de salvarte a ti mismo. Ahora ya no hace falta. Por mi parte, ni siquiera puedo compadecerte.

SAÚL: Fátima...

FÁTIMA: ¿Acaso sí te paraste a pensar en la cantidad de gente que no querría vivir en un mundo sin él? (*Apoya su cabeza contra la puerta*) ¿En todos los que no tienen otra razón de ser, en los que preferirían la muerte a saber que él está en peligro? Si lo hiciste, ahora puedes contarme a mí entre ellos.

SAÚL: Parece importarte más su vida que la de tu madre.

FÁTIMA: Es que mamá tampoco querría continuar viviendo sabiendo que él no está.

SAÚL: Cuando tenga el dinero y pueda pagar el tratamiento, espero que digas exactamente lo mismo. Nadie va a morir aquí. Sólo te pido que, por una vez, confíes en mí. Necesitaba llegar lo más lejos posible para salvar lo que más quiero.

FÁTIMA (*Mira a SAÚL con odio*): Lo que tú más quieres ha ardido hasta la última ceniza en un descampado durante los últimos dos días. Yo misma le prendí fuego. Si quieres castigarme, estás en tu derecho. Todavía eres mi padre. Adelante.

MARA (*Después de dar un trago a una lata de cerveza*): Perdón por la interrupción, pero si de verdad queréis que siga vivo tendríais que lograr que comiera.

SAÚL: Sí. Hija, lleva sin comer desde que lo trajimos aquí. Se niega a probar bocado. Tal vez tú podrías convencerle. Sólo tienes que entrar ahí. La puerta está abierta.

IVÁN: Un momento, ¿esto es una buena idea?

SAÚL (*A Iván*): ¿Se te ocurre una mejor?

(*FÁTIMA sigue en pie unos segundos. Después, abre la puerta, sale y la vuelve a cerrar*)

(SAÚL, MARA e IVÁN siguen sentados. Comen y beben)

(MARA enciende la radio. Suena el segundo movimiento del 'Concierto para piano n.º 3 en re menor' de Rachmaninov)

(La música sigue sonando durante un minuto hasta que empieza a descender el volumen con un 'fade')

(Suena una señal horaria con diez tonos y después una breve sintonía)

(Suena la voz de la LOCUTORA)

LOCUTORA: Noticias de las diez. Titulares.

(Se repite la breve sintonía)

(La LOCUTORA pronuncia los titulares. Después de cada titular suena dos veces un mismo acorde musical en tonalidad mayor. La sintonía sigue sonando a menor volumen)

LOCUTORA:

- La Organización Mundial de la Salud anuncia que la vacuna contra el virus Zika estará disponible dentro de un mes. Mientras tanto, en la pasada noche se confirmaron sesenta nuevos casos y ochenta y dos muertes. El Gobierno amplía el Estado de excepción a otras cinco ciudades.
- El ministro de Economía confirma que España aceptará el cuarto rescate de la Unión Europea. La prima de riesgo se mantiene por encima de los 3.000 puntos. Los sindicatos mayoritarios han convocado manifestaciones para esta tarde en casi todas las grandes ciudades.
- Cinco muertos en un atentado cometido en el interior de una librería en Estambul. Un hombre hizo detonar los explosivos que llevaba adheridos al cuerpo, pero falló la mitad de la carga. Fuentes policiales confirman que la tragedia pudo haber sido mucho mayor.
- Condenado a ochenta y seis años de prisión el sacerdote acusado de abusar de más de cincuenta niños durante los últimos diez años en un colegio de Pontevedra. Padres, alumnos y profesores reclamaron ayer la puesta en libertad del religioso, que ha defendido en todo momento su inocencia.
- The Rolling Stones incluyen tres ciudades españolas en su nueva gira, que comenzará el próximo verano en...

(SAÚL apaga la radio sin levantarse de la silla)

(Se abre la puerta de la derecha. Entra FÁTIMA, llorando Cierra la puerta de inmediato)

SAÚL: ¿Y bien?

FÁTIMA: Ha comido algo... Medio bocadillo.

SAÚL: Por fin, gracias a Dios.

FÁTIMA (*Vuelve a apoyarse en la puerta. Mira al vacío*): ¿Por fin, dices? ¿Acaso te importa algo su vida? Está débil y enfermo. Podría morir en cualquier momento.

MARA: Que se muera de una vez, si quiere; pero que nos permita sacar algo a cambio.

FÁTIMA: No quiero formar parte de esto.

IVÁN: Lo siento. Ya es tarde. Si te parece bien, diremos a la policía que no tienes nada que ver con nosotros. Pero tendrás que quedarte hasta entonces. No podemos mostrarte más amabilidad.

FÁTIMA: Me ha llamado por mi nombre.

SAÚL: ¿Cómo?

FÁTIMA: Cuando he entrado ahí me ha llamado por mi nombre. Ha levantado la cabeza, ha entornado los ojos y ha dicho “Fátima”. Casi no puede hablar. Tiene los labios agrietados.

SAÚL: También se niega a beber. ¿Es que le conocías, acaso?

FÁTIMA (*Mira a SAÚL*): Te sorprendería, padre, saber quién es tu hija. No llegarías a soportarlo.

SAÚL: Pero, ¿cómo es que no me lo dijiste nunca?

FÁTIMA: Hay otras muchas cosas que nunca te he dicho. Cosas más importantes. Somos muchos quienes le conocíamos. Ahora que está casi muerto, no importa.

SAÚL: ¿Qué me he perdido, exactamente? ¿Qué me has ocultado?

FÁTIMA: Nunca te he ocultado nada. Simplemente, preferías estar en otros sitios. Con otra gente (*Mira a MARA e IVÁN*). Hace muchos años creía que, al menos, estabas invirtiendo el tiempo que no pasabas conmigo en algo que mereciera la pena. Ahora sé que también en esto estaba equivocada.

SAÚL: Eso es injusto. Mírate. Tienes una buena vida. Y yo tengo algo que ver en eso.

FÁTIMA: Lo poco que pudieras tener que ver acaba de irse por el desagüe. ¿Quieres saber otra cosa más?

SAÚL: Por favor.

FÁTIMA: Estoy embarazada.

IVÁN (*Alza una lata de cerveza en señal de brindis*): ¡Por fin, una buena noticia!

SAÚL (*Se levanta*): Y... ¿no pensabas decírmelo? ¿De cuánto estas?

FÁTIMA: Eso sí que prefiero no decírtelo.

SAÚL: ¿Quién es el padre?

FÁTIMA: Papá, por favor.

SAÚL: Tengo derecho a saberlo.

FÁTIMA: No, no lo tienes.

SAÚL: Está bien, yo...

FÁTIMA (*Le interrumpe*): Pero ya que pareces tan interesado, a lo mejor sí podrías servirme de ayuda.

SAÚL: Adelante. Pídeme lo que sea.

FÁTIMA: Dame una buena razón, sólo una, por la que no debiera abortar cuando salga de aquí. Eso, en el caso de que lo haga con vida.

SAÚL: Es tu decisión. Haz lo que quieras.

FÁTIMA: Estaba segura de que responderías eso. No sé si quiero para mi hijo un mundo sin él (*Apoya la cabeza contra la puerta*). Pero sí sé que tú contarías mi aborto como una victoria. Así que no te daré el gusto. Aunque los dos vivamos un infierno.

SAÚL: No sabes de lo que hablas.

FÁTIMA: ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no sé las veces que obligaste a abortar a mamá? ¿Y a las otras?

SAÚL (*Extiende la palma de su mano, amenazante*): No te consiento...

FÁTIMA: Ah, el macho se siente herido en su hombría. Qué te parece. Es capaz de condenar al mundo a la soledad más infinita, pero no soporta que le toquen sus cojones.

MARA: ¿Sabes, Saúl? Empieza a gustarme tu hija.

SAÚL: Quédatela, si quieres. Yo ya no puedo más.

MARA (*Se levanta del tresillo. Se queda de pie junto a F*): Sí, querida, los tienes bien puestos. Pero a lo mejor necesitas que te aclaren un par de cosas.

FÁTIMA: ¿Y quién eres tú para aclararme nada?

MARA: Me basta con haber traído al mundo a tres hijos. Yo tampoco quise abortar. Pero no puedo decir que nunca me haya arrepentido.

FÁTIMA: Ése es tu problema.

MARA: Claro. El problema es siempre de los demás. Pero mi vida ya era un infierno mucho antes de que metiéramos ahí dentro a tu amigo. Él (*Apoya la cabeza en la*

puerta, como imitando a FÁTIMA) nunca evitó que me dieran palizas desde niña, empezando por mi papáito, ni que en el correccional abusaran de mí de todas las maneras imaginables. Cuando lloré todas aquellas noches, rota de dolor por dentro, él nunca vino a consolarme. Cuando me vi en la calle, empapada de alcohol y colmada de las babas de todos los que vinieron a añadir más leña al fuego, él ni siquiera se inmutó. Yo lo llamaba, ¿sabes? Con todas mis fuerzas. Pero nunca respondió. Se hizo el sordo conmigo. Quienes habéis tenido una vida bien distinta, con todos los caprichos y todas las comodidades, aun a costa de un padre tan cabrón como el tuyo, no podéis haceros a la idea. Creéis que este mundo es maravilloso porque él está aquí, ¿verdad? Pero no, cielo. Para muchos, este mundo es una puta mierda y él no pinta nada. Nunca está cuando de verdad se le necesita. Así que cuando tu padre me propuso el golpe, no tuve muchas dudas. Qué coño, vamos a por él. Llevo esperándole desde que nació. Si no se digna a venir, le obligaremos a la fuerza.

(FÁTIMA avanza hasta el proscenio. Con la vista perdida en el público)

FÁTIMA: Tal vez podrías medir tu parte de culpa en esa vida de mierda de la que me hablas. Pero no me culpes a mí. Ni a él.

MARA: ¿Qué? ¿Cómo te atreves? ¿Qué sabrás tú?

FÁTIMA: Sé más de lo que quisieras. Tú no has criado a tus hijos.

(MARA saca su pistola y apunta a FÁTIMA)

(SAÚL saca su pistola y apunta a MARA)

(Suena el teléfono)

(Sigue sonando de manera insistente)

(El teléfono deja de sonar. SAÚL y MARA guardan sus pistolas. FÁTIMA se dirige a la puerta de la derecha, la abre, sale y la cierra de inmediato)

IVÁN: Tu hija no debería hablar así.

SAÚL *(Se sienta en la silla)*: A veces dudo de que sea hija mía.

(Suena el teléfono)

(Sigue sonando de manera insistente)

IVÁN *(Nervioso)*: Saúl...

SAÚL: Ni se te ocurra.

MARA: Deberíamos cogerlo de una vez. Son ellos. Sólo pueden ser ellos.

SAÚL: No lo son. Y si lo fueran, peor para nosotros. En cuanto descolgáramos, los tendríamos aquí.

(El teléfono sigue sonando)

IVÁN *(Se lleva las manos a la cabeza)*: Me va a estallar la cabeza si no deja de sonar.

SAÚL: Ya parará.

(El teléfono deja de sonar)

IVÁN: Espero por tu bien que no sean ellos.

SAÚL: Tienen instrucciones precisas. Únicamente aceptaremos una comunicación por la radio. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

(Sale FÁTIMA. Cierra la puerta de inmediato. Se queda junto a la puerta. MARA se va al fondo, junto a las estanterías)

FÁTIMA: Papá.

SAÚL: ¿Qué?

FÁTIMA: Quiere hablar contigo. Ha bebido un poco de agua.

(SAÚL se acerca a la puerta de la derecha. FÁTIMA se hace a un lado. SAÚL abre la puerta, sale y cierra de inmediato)

IVÁN *(A FÁTIMA)*: ¿Quieres sentarte aquí, preciosa? *(La invita con un gesto a que se siente con ella en el tresillo)* Hay sitio para todos. Quedan cervezas. Tómate una, te sentará bien.

FÁTIMA: No pienso sentarme ahí. Ni quiero tus cervezas.

IVÁN: Haces bien. Una mujer embarazada no debe beber alcohol. Eso, en el caso de que estés embarazada.

FÁTIMA: ¿Qué dices?

IVÁN: ¡Vamos! *(Ríe)* Todo el mundo está mintiendo aquí. ¿Por qué no habrías de hacerlo tú también? ¡Nada mejor que una buena barriga para soliviantar a papi! A mí también me gustas cada vez más. Sabes jugar muy bien tus cartas *(Se levanta)*

FÁTIMA: Ni se te ocurra acercarte.

IVÁN: ¿Ah, no? ¿Y qué me harás? *(Se acerca a FÁTIMA)*

FÁTIMA: Te mataré.

IVÁN: ¡Bravo! Demuéstrame cómo se acaba con un hijo de puta como yo.

(IVÁN llega hasta donde está FÁTIMA, junto a la puerta. FÁTIMA intenta escapar y correr hacia el proscenio, pero IVÁN la atrapa y la arrincona contra la pared. Empieza a manosearla)

(MARA se aproxima y saca su pistola. Apunta a IVÁN)

MARA: Iván, suelta a la chica.

IVÁN *(Se da la vuelta y mira a MARA)*: Pero, ¿qué haces?

MARA: Suelta a la chica.

IVÁN: Oh, vamos. Antes querías matarla y ahora...

MARA: No pondría objeción a que le pegaras un tiro. Pero no soporto ver esto.

IVÁN *(Suelta a FÁTIMA)*: Está bien, está bien...

(IVÁN vuelve al tresillo. MARA guarda la pistola y se sienta junto a él. FÁTIMA se queda junto a la puerta)

IVÁN: El milagro será que no nos matemos nosotros antes de que lo hagan ellos.

MARA: Tanto da.

(SAÚL abre la puerta, entra y cierra de inmediato. Se queda de pie junto a FÁTIMA)

IVÁN *(A SAÚL)*: ¿Qué quería?

SAÚL: Me ha pedido... que le mate.

IVÁN: ¿Qué?

SAÚL: Dice que no aguanta más. Quiere que le vuele la cabeza.

MARA: Me ofrezco voluntaria para la misión.

SAÚL: De eso nada. Nadie va a hacer nada. Nos vamos a quedar quietos y a esperar.

FÁTIMA: Ojalá te dieras cuenta del daño que has hecho...

SAÚL *(Mira a su hija con tristeza)*: Ese daño me lo hicisteis tu madre y tú mucho antes. Yo sólo quería arreglar las cosas.

(FÁTIMA se retira al fondo, junto a las estanterías. Se sienta en el suelo. Hunde la cabeza entre las piernas)

IVÁN: No podemos seguir esperando, Saúl, ¿cuándo lo entenderás al fin?

SAÚL: Sí, si podemos esperar. Llevamos sólo tres días *(Va hacia la silla. Se sienta)*

IVÁN: Tres días sin respuesta. Esto no lo soporta nadie.

MARA: Es él...

SAÚL: ¿Qué?

MARA: Es él (*Señala a la puerta de la derecha*) Nos controla desde ahí. No sé cómo lo hace, pero nos está volviendo locos. Y no parará hasta que nos matemos entre nosotros.

SAÚL: Tenemos que soportar la presión. Creía que estabais preparados.

IVÁN: Yo puedo soportar la presión. Pero necesito un desahogo. Y ya llegado la hora de sacar por fin algo en claro de todo esto (*Se levanta. Se dirige hacia la puerta de la derecha*)

SAÚL: ¡No!

(*SAÚL agarra a IVÁN antes de que llegue a la puerta. Forcejean. IVÁN saca su pistola y posa el cañón directamente en la cabeza de SAÚL, que se queda paralizado*)

IVÁN: Escúchame bien, idiota. Si no es él, será tu hija. Tú eliges.

(*SAÚL se arrodilla, con la pistola de IVÁN en su cabeza. Asiente*)

SAÚL: Está bien... Está bien...

(*IVÁN se guarda la pistola. Abre la puerta, sale y cierra de inmediato*)

(*Se escucha un grito. Sonidos de objetos que caen. Golpes. Otro grito*)

FÁTIMA (*Se incorpora. Llora*): ¡Dios mío! ¡Dios mío, no! ¡Páralo, papá! ¡Páralo si en algo te importa mi vida!

(*SAÚL se incorpora. Sin decir nada, se sienta en la misma silla. Se queda mirando al vacío*)

FÁTIMA (*A MARA*): ¿Y tú? ¿Por qué no lo impides esta vez?

MARA: Porque tiene derecho. La presa es suya también. Se jugó la vida para traerlo aquí. Si quiere un desahogo, puede procurárselo.

(*Cesan los ruidos*)

(*FÁTIMA vuelve al fondo, junto a las estanterías, y se desploma en el suelo. Sigue llorando*)

(*MARA enciende la radio. Suenan interferencias y voces entrecortadas*)

(*Unos instantes después, IVÁN abre la puerta, entra y la cierra de inmediato*)

(*SAÚL apaga la radio*)

(*IVÁN tiene heridas en el rostro y en el cuello. Manchas de sangre en la camisa. Se queda en pie, junto a la puerta*)

IVÁN: Ese cabrón (*Se pasa la mano por la boca*) sabe defenderse. Aunque esté en las últimas. Pero ha merecido la pena. Ahora (*A SAÚL*) estoy dispuesto a soportar toda su presión.

SAÚL: ¿Ha muerto?

IVÁN: No. Respira.

MARA: Deberías limpiarte eso.

IVÁN: Todo esto me recuerda a un chiste. ¿Sabéis por qué Dios tardó siete días en hacer el mundo?

SAÚL (*Amenazante*): Iván...

IVÁN (*Levanta las manos*): Está bien, de acuerdo. Me parece que antes de que todo esto acabe vosotros mismos sabréis la respuesta.

SAÚL: ¿Cuánto crees que le queda?

IVÁN: Me parecería un milagro que llegase a mañana. Sin embargo...

SAÚL: ¿Qué?

IVÁN: Hay algo en él que parece querer vivir para siempre. Algo de lo que ansía desprenderse. Es como si luchara contra lo que le mantiene vivo. Por eso te pidió que le mataras.

SAÚL: Pero, ¿por qué me lo pidió a mí?

IVÁN: No lo sé. En cualquier caso, si dura hasta mañana lo hará a su pesar. Pero podría ser. Y si ese algo le sigue empujando... Quién sabe cuánto más tiempo puede resistir.

MARA: ¿Me dejaréis ahora cortarle la mano?

(Suena un teléfono móvil)

(SAÚL, MARA e IVÁN miran a FÁTIMA)

(FÁTIMA, acorralada contra la estantería, saca un móvil del bolsillo. El móvil suena)

IVÁN: ¡Dios Santo! (*Se lleva las manos a la cabeza*) ¿Cómo se nos ha podido pasar? ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos?

SAÚL (*Se acerca a FÁTIMA. Muy serio*): Fátima, dame ese móvil. Vamos.

(FÁTIMA se incorpora. Le entrega el móvil a SAÚL)

(El móvil sigue sonando)

(SAÚL se queda mirando la pantalla)

IVÁN: ¿A qué esperas? ¡Vamos! ¡Apágalo de una vez!

(El móvil sigue sonando. SAÚL continúa mirando la pantalla)

IVÁN: ¿Qué haces? ¿A qué juegas? ¡Nos van a encontrar, estúpido!

(SAÚL atiende la llamada)

SAÚL: ¿Diga?

IVÁN: ¿Cómo...?

(IVÁN saca su pistola. Apunta a SAÚL)

SAÚL: Sí, soy yo.

IVÁN: ¡Suelta el puto móvil, Saúl! ¡Suéltalo ahora mismo o te mato!

SAÚL *(Sin hacer caso a IVÁN)*: Sí. No, no está conmigo. Se ha olvidado su móvil. De acuerdo, yo se lo diré. ¿Cuándo...? De acuerdo... De acuerdo... Bien... Muchas gracias... Yo se lo diré...

(SAÚL termina la conversación. Apaga el teléfono móvil)

IVÁN *(Siguiendo apuntando a SAÚL)*: ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién era? ¡Habla de una vez!

SAÚL *(Mira al público. FÁTIMA está arrodillada en el suelo a su espalda)*: Fátima, era del hospital. Tu madre ha muerto.

(Oscuro)

ACTO III

(La escena sigue a oscuras)

(Se escucha la voz de FÁTIMA, que canta)

FÁTIMA:

A la nanita nana, nanita ea,

Mi niño tiene sueño, bendito sea, bendito sea

(Iluminación débil, que revela lentamente la presencia de FÁTIMA sentada en una silla en el proscenio, mirando al público. El resto de la escena se mantiene a oscuras)

(FÁTIMA sigue cantando. Tiene los brazos sobre su vientre, como si abrazara a su hijo. Se mueve hacia adelante y hacia atrás, balanceándose, como si lo acunara)

FÁTIMA:

Fuentecita que corre clara y sonora

Ruiseñor que en el campo cantando llora

Calla mientras la cuna se balancea

A la nanita nana, nanita ea

A la nanita nana, nanita ea

Mi niño tiene sueño, bendito sea, bendito sea

(FÁTIMA guarda silencio unos segundos. Sigue abraza a su vientre)

FÁTIMA: Te recuerdo bien, padre, aquella noche que también llegaste tarde a casa. Entraste en mi cuarto y te pusiste a los pies de mi cama. Traías dos tortugas. Yo ya estaba dormida, pero desperté y salté de alegría. Y tú reías. “Te las he traído como tú querías”, me dijiste. Y sí, yo te había pedido dos tortugas para llamarlas Rosa y Flor. Ya ves qué tontería. Un capricho de niña. Las metí en mi cama y mojaron mis sábanas. Y tú dijiste después otra cosa, otra cosa que he procurado olvidar desde entonces: “Cuánto me gusta verte feliz. Te traeré el cielo si es preciso”. Sí, cuánto, con qué fuerza he intentado olvidar aquella promesa, o lo que yo entendí como una promesa. El cielo. Tú me enseñaste a odiar el cielo. Te esforzarte en traerme algo que yo no quería. Lo que tú llamabas cielo era para mí un lugar terrible, frío, donde no crecía nada, donde no se podía hacer nada más que esperarte. Lo que tú llamabas cielo era mi soledad: un espacio vacío en el que sólo yo estaba. Pasaron los días y mamá me dijo que había que llevar las

tortugas al río. Que no podían quedarse en casa. Que olían mal. Así que nos metió a las tortugas y a mí en el coche y nos llevó al río. Tú no viniste. Casi nunca venías con nosotras. Dejamos las tortugas en la orilla y avanzaron pesarosas hacia el agua. Se sumergieron y desaparecieron. ¡Cuánto me habría gustado ir con ellas! ¡Qué no habría dado por hundirme en el agua y dejarme llevar por la corriente! Pero el cielo, el cielo mismo me lo impedía. Más tarde lo supe, tú personalmente me lo advertiste: me había convertido en una niña malcriada. Aquello también era culpa del cielo. Pero no he venido aquí para esto. Para echarte en cara que mi infancia no fue feliz. ¿Alguien, acaso, ha podido ser feliz alguna vez en su infancia? Mi problema, padre, es que no he podido convertir mis recuerdos en instantes felices. Aquí dentro siguen siendo amargos. Tal y como fueron. Me prometiste el cielo y arruinaste mi existencia. Me habría bastado con aquellas dos tortugas. Y con un viaje final por el río.

(Pausa)

Pero no te bastó con aquello. Me prometiste el cielo una segunda vez, cuando yo ya era mayor. Tú no lo sabes. La noche antes me había acostado con Simón en su casa, así que guardaba en mi boca el inevitable gusto a hiel. Había acabado con aquella niña de una vez y para siempre, por fin me había ido con las tortugas, lejos de mamá, lejos de mí. Mis sábanas se habían vuelto a mojar. Tú hiciste algo inaudito: regresaste a casa a la hora de comer. Aquella mañana habías servido bien a los intereses del partido. Te habías dirigido a tus votantes, les habías convencido de las bondades de tus jefes. Fue tu primer mitin, y el último. Estabas exultante. Llegaste transfigurado, con el rostro encendido (*Inflexión grave de voz, pero sin intentar imitar al padre*) “Ahora lo sé, ha llegado el momento del cambio”, nos soltaste, como si no hubieras terminado tu discurso, como si siguieras allí, en aquel atril, delante de aquellos incondicionales; como si a mamá y a mí pudiera importarnos lo más mínimo (*Ídem*) “Nada volverá a ser lo que fue. Vivimos un tiempo nuevo, un tiempo para la gente. La posibilidad de que el mundo sea nuestro está al alcance de la mano. No tendremos que rendir más cuentas a los de siempre. No volveremos a pasar miedo. Ahora estamos en disposición de recobrar lo que una vez nos arrebataron, lo que legítimamente nos pertenece”. ¡Mirabas hacia arriba, ensimismado, como dirigiéndote al mismo Dios! Entonces inclinaste tu cabeza hacia mí y me miraste con aquellos ojos tan abiertos, unos ojos que querían salirse de todos sitios, sometidos a una tensión insoportable. Y de nuevo lo dijiste (*Ídem*): “Hija mía, si es necesario asaltaré el cielo para garantizarte un futuro mejor”. Y vaya si lo hiciste. Asaltaste el cielo. Y me trajiste todo lo que había allí: la soledad absoluta, pura, única, inconfundible. Desde entonces he intentado olvidar lo que me dijiste, olvidar aquella hora, olvidar tus ojos, olvidarte a ti, padre, pero me ha sido imposible. Fijaste aquella condena en mi memoria, y la condena persiste: he estado sola desde entonces. El cielo que me trajiste abusó de mamá y de mí sin contemplaciones. Y luego nos dejó en la cuneta. Por lo menos, mamá ha dejado de estar sola. Y yo... ¿crees que dejaré de estarlo alguna vez, padre? (*Se abraza con más fuerza a su vientre*)

(Pausa)

¿Sabes lo que más me aterra? Imaginar lo que pudiera recordar él. Lo que en él pudiera haber de ti. El presentimiento de que algo de esta soledad perdurará en su sangre, como una maldición que nos contuviera y se negara a soltarnos. Fuiste más lejos que nadie, padre. Asaltaste el cielo creyendo que yo te pedía aquel gesto, pero lo único que deseaba, lo único que anhelaban mis gritos era que me dejaras en paz, padre, que te marcharas, que te fueras de una vez, que me abandonaras, que me olvidaras para siempre, porque estaba segura de que tú sí podrías olvidarme, de que aquella maldición había pasado de largo ante ti, sin tocarte, por más que yo no pudiera olvidarte a ti. Lo que te pedía, padre, era un mundo en el que tú no fueses mi padre y yo no fuese tu hija, en el que tú y yo no nos hubiésemos conocido jamás, en el que no compartiéramos lazos de ningún tipo, un mundo en el que ni siquiera nos intuyéramos. Porque se te ocurrió traerme el cielo haciéndome lo que yo creía que hacen todos los padres con sus hijas. Creía que aquel daño formaba parte del cielo. Cuando más tarde supe que tú eras un padre distinto de la mayoría, comprendí el alcance de tu traición. ¿O quizá, padre, no eras tan distinto? ¿Cuántos hombres han prometido el cielo a sus hijos, a sus amigos, a sus súbditos, a sus iguales? ¿Cuántos se han mostrado dispuestos a tomarlo a la fuerza, sin pararse a pensar en las consecuencias? ¿Qué es el cielo para ti, padre? ¿Qué significará el cielo para el hijo que ahora me crece en el vientre? ¿Se lo enseñarás tú también? ¿Le harás la misma promesa a tu nieto?

(Pausa)

Sí, aquél eras tú: el hombre del poder. El hombre del dinero. El amigo de la gente. El héroe capaz de asaltar el cielo. Creíste que serías joven para siempre. Por eso no me soportas, por eso no toleras a mi hijo: nosotros te hacemos sentir viejo. Ya no tienes aquel ímpetu. Las fuerzas te fallan, padre. El cielo te parece más alto. Tu revolución se deja contagiar por la misma artrosis. Ya no podemos cambiar el país, ni la sociedad, ni a la gente. No podemos cambiarnos ni siquiera a nosotros mismos. Serán otros los que hagan este trabajo, los que hagan de nosotros otra cosa, y querrán cobrárselo. Me enseñaste, padre, lo mismo que a todo el mundo: a mirar al adversario con ojos de serpiente. A mantenerme firme en tus principios. Pero te hiciste viejo. Y cuando más viejo te hiciste, cuando más odio te demostraron tus antiguos aliados, cuando más bajo caíste, cuando ya nadie esperaba nada de ti, te decidiste al fin a cumplir tu palabra: fuiste a asaltar el cielo y me lo trajiste. Nunca pude olvidar tu promesa, pero el hecho de que pasaras a la acción de una manera tan sucia me hizo sentir aún más sola. ¿Has hecho esto por mí? ¿Por mi hijo, tal vez? Sólo una idea me inspira cierta tranquilidad: la de que tú nunca hiciste nada limpio. Todo lo que tocaste se convirtió en basura, cuando todos te admiraban, cuando te hacías pasar por ciudadano ejemplar, cuando muchos confiaron en ti y dejaron en tus manos un poder que nunca debiste conocer. Por esto sé, padre, que no existe ejercicio del poder distinto del crimen. Que el cielo únicamente puede conquistarse a la fuerza, dejando muertos en el camino. Ya ves, he tenido este privilegio: he podido aprender esto mismo en mi propia casa. Aunque tú no estuvieras. Aunque pasaras el tiempo ganando el cielo para mamá y para mí, seguro de que podía

caber en aquellos maletines. ¿Y mi hijo? ¿Qué cielo podrás ganar para él, padre? ¿Qué cielo podré ganar yo? ¿Por qué no dejas que me vaya? ¿Por qué me has obligado siempre a compartir contigo esta prisión? Deja que me vaya. Deja que me vaya...

(Saca una pistola que llevaba oculta entre sus ropas. Se apoya el cañón en la sien)

FÁTIMA: Deja que me vaya... Deja que me vaya...

(La iluminación se amplía poco a poco y la escena vuelve a quedar visible)

(SAÚL está durmiendo, recostado en el tresillo)

FÁTIMA: Deja que me vaya. Deja que me vaya...

(FÁTIMA se levanta y se da la vuelta. Da la espalda al público y mira a SAÚL. Sigue con pistola en su sien)

(SAÚL despierta y ve a FÁTIMA. Se levanta de un brinco y se lleva la mano al pantalón)

SAÚL: ¡Fátima! ¿Qué haces? ¿Cómo se te ocurre? ¡Devuélveme la pistola!

FÁTIMA: Deja que me vaya.

(Se abre la puerta de la izquierda. Entran MARA e IVÁN. Se quedan en el fondo, junto a las estanterías, expectantes)

SAÚL: Fátima, dame ahora mismo la pistola antes de que te hagas daño.

FÁTIMA: Deja que me vaya y te la devolveré.

SAÚL: No puedo dejar que te vayas.

FÁTIMA: Sí puedes. Tú mandas aquí, ¿no? Como siempre.

SAÚL: Yo no mando aquí, Fátima. Si yo te dejara ir, te lo impedirían ellos *(Señala a MARA e IVÁN)*

FÁTIMA: Tienes razón, papá. Tú no mandas aquí. Pero pronto vas a saber quién lo hace.

SAÚL: ¿Qué dices? ¡Dame eso de una vez!

FÁTIMA: Sólo deja que me vaya y tendrás tu pistola.

SAÚL: Ya sabes que no puede ser.

FÁTIMA: ¿Prefieres ver entonces a tu hija y a tu nieto desangrándose en el suelo?

SAÚL: No. No voy a permitir que algo así suceda. Vas a darme la pistola y nadie se va a hacer daño. Esto va a terminar muy pronto, Fátima. Podrás irte enseguida. Pero no todavía. Dame sólo unas horas. Antes de esta noche...

FÁTIMA: Llevo toda la vida dándote esas horas. Ya se me agotó el tiempo.

SAÚL: ¡Está bien! *(Da una patada a una silla. La derriba)* ¿Quieres irte? ¡Pues vete! ¡Vete, puedes hacerlo! ¡Se acabó! Ya está todo perdido...

(MARA se adelanta, saca su pistola y apunta a FÁTIMA)

MARA: De eso ni hablar. De aquí no se va nadie hasta que tengamos el dinero. Ya lo has oído, bonita: si tu padre no te lo impide, lo haremos nosotros. Por mi parte, puedes volarte la cabeza ahora mismo, si quieres. No lo sentiré lo más mínimo.

SAÚL *(A MARA)*: ¡No hay ningún dinero, estúpida! ¡Hemos fracasado! ¡Creíamos que nos darían lo que pidiéramos, pero nadie ha reclamado nada, nadie ha dado la cara por él! ¡Lo daban por muerto! ¡Hemos secuestrado a un muerto! ¿En qué mundo vivíamos, cómo llegamos a pensar que la gente saldría a la calle a pedir su libertad? *(A FÁTIMA)* ¡Y tú! ¡Ya me has arruinado mucho más allá de mi último céntimo! ¡Me has quitado hasta el aire! ¡Me has hecho pagar con creces todas las infidelidades, todos los castigos, todas las veces que no fui un buen padre para ti! Ahora, espero que estés contenta. ¿Qué más puedo hacer para saldar la deuda?

FÁTIMA *(Señala con un gesto a MARA e IVÁN)*: Diles que me dejen salir.

SAÚL: No puedo hacerlo. No me harán caso. Son unos asesinos. Yo...

FÁTIMA: Tú eres otro asesino. No te bastaba con matar a mamá. Tenías que acabar con todos nosotros.

MARA *(A FÁTIMA, a la que continúa apuntando)*: ¿Cuánto dinero tienes?

FÁTIMA: ¿Qué?

MARA: Te he preguntado cuánto dinero tienes.

FÁTIMA: ¿Qué te importa a ti eso?

MARA: Es a ti a quien debería importarte. Tu padre no puede darme nada. Lo poco que tenía se lo ha gastado en esto. Pero tú sí, tú debes tener dinero. Dime cuánto y si la cifra que me dices me satisface harás una llamada, ordenarás que lleven el dinero a donde yo te indique y me sacarás de aquí. Saldremos las dos vivas. Y olvidaremos esto como si fuese un mal sueño.

FÁTIMA *(Con la pistola de SAÚL todavía en la sien)*: Siempre se puede caer un poco más en desgracia.

MARA: Eso sí que no me importa en absoluto. Sólo estoy jugando mi última carta para sacar algo en limpio de todo esto. No nos queda mucho tiempo. Ya vienen para acá.

FÁTIMA: Y, por lo que veo, no tienes tu conciencia tranquila.

MARA: No la tendré hasta que pueda garantizar el pan de mis hijos. Al menos, por unos días.

FÁTIMA: Claro. Lo curioso es que sólo sabes hacer de madre con una pistola en la mano.

MARA: Igual que tú, por lo que veo.

FÁTIMA: La diferencia es que yo no soy una asesina.

MARA: Por supuesto. Pero lo serás dentro de poco. ¿A que sí?

FÁTIMA: Quién sabe. Lo único cierto es que me mataré yo misma antes de darte nada.

SAÚL (*Se deja caer en el sofá*): Está bien. Matadme a mí.

MARA (*A SAÚL. Deja de apuntar a FÁTIMA*): ¿Qué?

SAÚL: Dejadla ir y matadme a mí a cambio.

MARA: ¿Y qué ganaríamos con eso?

SAÚL: La oportunidad de salir vivos de aquí.

MARA: Y con los bolsillos vacíos. Lo siento, no cuela.

SAÚL: La única alternativa es que derriben esa puerta (*Señala la puerta de la izquierda*) y nos maten.

MARA: O cambiar de presa.

SAÚL: ¿Qué?

MARA (*Vuelve a apuntar a FÁTIMA. Se dirige a SAÚL*): ¿Cuánto nos darías tú por ella?

SAÚL: ¿Cómo? (*Se incorpora*) ¿Qué pretendes? Tú misma acabas de decirlo, no tengo nada.

MARA: Eso nos contaste antes. Pero la gente como tú nunca dice la verdad.

SAÚL: ¿Cómo..?

MARA (*Le interrumpe*): ¿Cuánto vale tu casa?

FÁTIMA: Eso, papá, respóndele: ¿Cuánto vale tu casa?

SAÚL (*A MARA*): ¡No tengo casa! ¡La perdí! Lo sabes perfectamente.

MARA: Me refiero a la otra casa.

SAÚL: No hay otra casa.

MARA: Piénsalo. Puedo contar hasta cinco y disparar después. Uno...

SAÚL: ¡No hay otra casa! ¡Lo he perdido todo!

MARA: Dos...

SAÚL: ¿Qué pretendes, imbécil? ¡Si la matas irás tú después!

MARA: Tres...

SAÚL: ¡Está amenazando con matarse, por amor de Dios!

MARA: Cuatro...

(SAÚL se abalanza sobre MARA, forcejea y le quita la pistola. MARA ha caído al suelo. Antes de que logre levantarse, SAÚL dispara contra ella tres veces. MARA se queda muerta en el suelo)

FÁTIMA: Muy bien, papá... Eso es... Ya lo has hecho... Pero ya sabías lo que se siente, ¿verdad? Hay otras maneras de matar.

(SAÚL apunta a FÁTIMA. Mantiene el arma en alto durante unos segundos. Luego la deja caer. Se sienta en el sofá)

(FÁTIMA se aparta la pistola de la sien)

FÁTIMA: Ahora, vamos a terminar con esto de una vez.

(FÁTIMA abre la puerta de la derecha. Lleva la pistola. Sale y la cierra enseguida)

(Pausa)

SAÚL *(Sentado en el sofá, con la mirada perdida)*: No dices nada.

IVÁN *(Sigue de pie, en el fondo, junto a la estantería. Se lía un cigarrillo, lo enciende y lo empieza a fumar)*: Ya te lo dije hace dos días. Siempre sale bien.

SAÚL: Hace frío aquí *(Coge una manta del sofá, se arroja)*

IVÁN: Este frío no es nada para el que nos espera. Tardaremos mucho en volver a ver la luz del sol.

SAÚL: Tú lo sabías todo, ¿verdad?

IVÁN: Decidí meterme en este agujero porque esperaba ganar dinero. Pero después acepté una misión que no pude rechazar. Mis espaldas están cubiertas. Aunque nadie me quita una buena temporada a la sombra.

SAÚL: ¿De verdad me creíste?

IVÁN: Sí. Hasta que nos llegamos aquí, sí. Siempre fuiste muy listo, y lo sigues siendo. Me convenciste. Yo no sabía de quién me hablabas. Pero investigué después. Y creí que

con semejante presa podríamos hacernos ricos. Tal y como tú me dijiste. Sin embargo, me bastó ver tu cara cuando lo metiste ahí dentro (*Señala con un gesto a la puerta de la derecha*) para comprender que no había negocio. Que había que salvar el culo como fuera. Y eso he hecho.

SAÚL: Me has traicionado.

IVÁN: No. Hace ya mucho tiempo que te traicionaste a ti mismo. Cuando te dije que estas cosas siempre salen bien, me refería a mí.

(Se escuchan tres disparos tras la puerta de la derecha)

(Sale FÁTIMA con la pistola en la mano. La deja caer. Deja la puerta abierta. Se queda en pie)

FÁTIMA: Ya está. Se acabó.

SAÚL: ¿Por qué has hecho eso?

FÁTIMA: Pon la radio.

SAÚL: ¿Qué?

FÁTIMA: Te digo que pongas la radio.

(SAÚL enciende la radio que hay encima de la mesa)

(Suena el tercer movimiento del 'Concierto para piano n° 3 en re menor' de Rachmaninov)

(El volumen de la música va descendiendo en un 'fade' hasta que deja de sonar)

(Suena una señal horaria con siete tonos. Sin sintonía)

(Suena la voz de la LOCUTORA)

LOCUTORA: Éste es un mensaje del Gobierno para los secuestradores atrincherados en el polígono industrial de San Luis. La presa ha sido liberada. Repetimos: la presa ha sido liberada. El edificio ha sido rodeado por la policía. Salgan con las manos en alto y nadie sufrirá daños.

SAÚL (*A FÁTIMA*): ¿Qué es esto? ¿Por qué? No entiendo nada...

FÁTIMA: Ya lo has oído. La presa ha sido liberada. Gracias a ti, papá. Has hecho un gran favor a la humanidad. Aunque hayas tenido que sacrificarte y acabar con mamá a cambio.

SAÚL: ¿Cómo es eso?

FÁTIMA: Muchos creían que había muerto. ¿Lo recuerdas? ¿Cuándo fue la última vez que se habló de él? Nadie lo sabe ya. Salió una vez en televisión, quizá, hace

demasiados años... Yo aún no había nacido... Pero nadie pudo demostrar jamás que había muerto. Así que muchos otros tenían la esperanza de que siguiera vivo. Porque, si seguía vivo, tal vez podría regresar en cualquier momento. Ya sabes, aparecer de nuevo, manifestarse, decir algo que tantos llevasen siglos esperando. En esa esperanza se encontraba el sentido de la existencia de mucha gente. Tú no entiendes esto. No podrías entenderlo nunca. Únicamente has tenido esperanza en ti mismo. Algunos, unos pocos, sí teníamos la certeza de que seguía vivo. Es más, íbamos a verle, nos reuníamos con él y le escuchábamos, en su casa, sin que nadie más que nosotros supiera lo que hacíamos. En más de una ocasión nos dijo que pensaba volver, que tal vez con sus palabras quienes sufren podrían encontrar consuelo. Pero esto nos preocupaba. Quisimos convencerle de que ya había dicho bastante, de que su mensaje estaba recogido en libros, de que cualquiera podría encontrar su consuelo sin que él tuviese que comparecer ante la gente. ¿Y sabes por qué nos preocupaba? Porque ya no era el mismo. Había envejecido, se había debilitado. La enfermedad le había restado aquella gracia que conquistó a millones, ya no sonreía, ni se mostraba tan paciente. Es más, sus ideas habían cambiado. Sus palabras ya no eran las mismas. Incluso nos llegó a decir que se arrepentía de algunas cosas que dijo en sus mejores años, que quería enmendarlo. Donde antes sólo hablaba de reconstrucción, de concordia, de justicia y de paz ahora afloraba un rencor oscuro, pensamientos retorcidos que no ayudaban a nadie. De modo que su reaparición habría supuesto una decepción para todos aquellos que acudían a su testimonio para seguir viviendo. Quienes íbamos a verle comprendimos que había que impedirlo a toda costa, y nos comprometimos a encontrar la mejor solución posible. Entonces apareciste tú.

SAÚL: ¿Yo?

FÁTIMA: Sí, tú. Seguiste las pistas que yo te puse en el camino, una a una, según el plan trazado. Sin que te dieras cuenta, yo te convencí de que era una buena idea secuestrarle y pedir mucho dinero a cambio. Estabas tan desesperado que mordiste el anzuelo enseguida. Y cumpliste lo que esperábamos al dedillo. Confiaba en que vosotros mismos le daríais descanso. Pero, ante la duda, decidí intervenir.

SAÚL: ¿Y ésta era la mejor solución que encontrasteis, vosotros, que tanto le quisisteis? ¿Matarlo?

FÁTIMA: En realidad, su corazón llevaba muerto mucho tiempo. Se había convertido en otro muy distinto. Nuestra preocupación se dirigía más bien hacia quienes seguían creyendo en él. Una mínima aparición suya habría roto las esperanzas de todos ellos. Ahora, gracias a vuestro secuestro, quienes creían que había muerto seguirán con sus vidas del mismo modo; y quienes creían que estaba vivo seguirán creyendo que lo está, alimentando la esperanza de su regreso. Lo que sí puedo asegurarte, padre, es que nadie sabrá nunca que ha muerto. Haremos desaparecer su cuerpo en cuestión de segundos. Y, llegado el momento, emitiremos señales que darán a entender que sigue vivo. Esto bastará para llenar las vidas de quienes le aman.

SAÚL: Eso me parece todavía más cruel que matarlo.

FÁTIMA: El problema es que tú nunca comprendiste cómo funciona el corazón humano. Él sí llegó a comprenderlo al final. Por eso se negó a comer, por eso te pidió que lo mataras y por eso se alegró infinitamente cuando entré ahí con la pistola. Se entregó con los ojos cerrados y la misma sonrisa de niño que tuvo en su juventud en sus labios. Todo está cumplido.

SAÚL: ¿Y qué pasará ahora conmigo?

FÁTIMA: Has representado eficazmente tu papel en todo esto. Aunque me temo que el mundo nunca te lo agradecerá.

(Alguien aporrea la puerta de la izquierda desde fuera)

IVÁN: Bien, al fin es hora de irse. Hoy comeré caliente.

(IVÁN abre la puerta de la izquierda y sale. Deja la puerta abierta)

SAÚL *(Con la mirada perdida)*: Fátima.

FÁTIMA: Dime, padre.

SAÚL: ¿Podrías hacerlo conmigo también?

FÁTIMA: No, padre. Lo siento. Tu muerte, al contrario que la suya, no servirá de nada.

(FÁTIMA sale por la puerta de la izquierda)

(SAÚL se queda sentado en el sofá)

(Suena el primer movimiento del 'Concierto para piano n° 3 en re menor' de Rachmaninov)

(Oscuro)

TELÓN

Pablo Bujalance

